

Pintura y pintores de la Generación del Trece

La gran mayoría de los artistas, que van a configurar la Generación del Trece, nacen a comienzos de la última década del siglo XIX, salvo contadas excepciones que nacen en la de los años ochenta, pero todo dentro de un período en que el peso de una plástica académica, de molde francés, estaba en boga en nuestra sociedad chilena. Socialmente pertenecen a estratos modestos; algunos, como Ezequiel Plaza, en un barrio obrero, donde las condiciones de vida eran deplorables, a punto que de no mediar el descubrimiento que de él hacen los jóvenes como D'Halmar, Santiván, Ortiz de Zárate, Magallanes Moure, Pablo Burchard o Rafael Valdés, que conformen la Colonia Tolstoyana, -que enseña arte a los obreros,- nunca habríamos sabido de su talentoso valer.

Esta generación de jóvenes artistas inicia sus estudios de pintura a mediados o fines de la primera década de este siglo y su formación coincide con la llegada, en 1908, del pintor español don Fernando Álvarez de Sotomayor y Zaragoza, quien asume la Cátedra de Pintura en la Escuela de Bellas Artes. Este talentoso pintor impulsó una docencia que tendía a despertar las vocaciones hacia un oficio responsable y serio, que aspiraba a manifestarse en lo que llamaban “gran pintura y calidad”, respetando la expresión estilística personal de sus alumnos. Estos no fueron discípulos del maestro Álvarez de Sotomayor, en la manera que lo fueron los alumnos de los grandes maestros chilenos del academicismo, los que en su estilo llevaban el sello de los seguidores del maestro, aun cuando presentaran algunas interesantes innovaciones. Los alumnos de Álvarez de Sotomayor toman de él ciertas ideas estéticas, dejando libre la creación de un ideal de estilo a la ecuación personal, ajena al ser militante de una particular escuela. En esto radica la originalidad que está presente en la pintura de esta generación, y en el hecho que ella se sitúa como una cuña, sin antecedentes, entre dos vertientes plásticas de nuestra historia de la pintura chilena; por un lado la tradición académica del siglo XIX y por otro los movimientos modernistas, que van a surgir a partir de los años veinte. La temática que cultivan estos artistas es chilena, de corte costumbrista; en el retrato se advierte el emparentamiento con la pintura española, y en el paisaje un enfoque muy plástico donde la pintura prima sobre el dibujo, evocando atmósferas de luces interesantes, llenas de carácter, nunca vistas en la tradicional pintura nacional.

Esta pintura, que crean los de la Generación del trece, va a ser muy característica por su modo peculiar de entender lo que es pintar, lo que es la pintura misma como materia cromática, la luz y el oficio de pintor, lo cual implica poseer una concepción sobre el sentido de la vida al no desligarla de la profesión. Como generación tuvieron una actitud vital, sintiendo la existencia en una forma determinada –siguiendo en ello la definición de generación que da Ortega y Gasset-, ellos tomaron la vida con un orgullo romántico, melancólico, independiente y sentimental, el que expresaron en una exagerada vida bohemia, la que consumió en plena juventud a numerosos pintores, entre los que se cuenta a Fernando Meza, Alberto y Enrique Lobos, Andrés Madariaga, Jaime Torrent y que afectó severamente la vida de otros talentosos artistas como Ezequiel Plaza, Pedro Luna, Nicanor Vergara, Abelardo Bustamante, por mencionar algunos de los más señeros. Hay otros casos que justifican el nombre de Generación Trágica, - que le da Víctor Carvacho a lo que Neruda llamó Capitanía de Pintores-, es el caso de Enrique Bertrix, que a los veinte años muere en el frente de batalla francés, -en la Primera Guerra Mundial,- donde había ido a combatir por la patria de sus progenitores, o el caso de Alfredo Lobos, quien fallece en Madrid en vísperas de una exposición suya en el Ateneo, a los veintisiete años de edad, o el caso de Enrique Moya, quien fallece a los veintiséis años a causa de un accidente de tránsito.

Algunos estudiosos identifican a esta federación de pintores con la frase Generación del Centenario, aludiendo al hecho que muchos de los artistas ya estaban en plena producción cuando se celebra el Centenario de la instalación de la Primera Junta Nacional de Gobierno, en 1910, inaugurándose por ello el edificio del Museo Nacional de Bellas Artes, - proyectado por el francés Emilio Jacquier-, el día 21 de septiembre del citado año. Se abre al público con una gran exposición internacional de pinturas y esculturas, donde el jurado recomienda, para el galardón de Primera Medalla al pintor Ezequiel Plaza Garay por sus obras “En la Taberna” y “El Pintor Bohemio” –en el que el modelo retratado corresponde a los gemelos Guillermo y Nicanor Vergara, quienes posaron indistintamente para la ejecución del lienzo-, pero por recomendación de Álvarez de Sotomayor se le galardonó con la segunda medalla, debido a la extremada juventud del artista, que sólo tenía diecinueve años de edad. Esta obra premiada es para muchos la obra maestra de la generación. Es uno de los retratos más sobresalientes que se han realizado en Chile, y algunos estiman que en Latinoamérica por su extraordinaria calidad plástica y rasgos psicológicos, los que llegan en forma clara y directa al espectador.

La denominación de Generación del Trece, -que se ha popularizado-, proviene de la singularización del año en que se presentan en una

exposición cinco pintores. Esto sucede el día 31 de diciembre de 1913, en la llamada Exposición de Cuadros, efectuada en los Salones del Mercurio, en Santiago, donde Pedro Luna, José Prida y Solares, Ulises Vázquez, Guillermo Maira y Abelardo Bustamante presentan noventa y seis obras. Por extensión, los críticos han considerado a todos los alumnos de Alvarez de Sotomayor bajo esta denominación, e incluso a pintores que crean al alero de la impronta generacional, no importando el año en que expusieran, pero poseyendo las características técnicas y temáticas que permiten identificarlo con ella.

Carlos Isamitt, en un trabajo leído en 1946, -en la Sala de Exposiciones de la Universidad de Chile-, intitula su conferencia como “Los Pintores que comenzaron su figuración alrededor del año 1913”. En esa misma oportunidad Neruda ratificó esta fecha de rotular su prosa poética como La Generación de pintores chilenos de 1913, aun cuando en 1966, en el prólogo del libro de Waldo Vila, la denomina Heroica Capitanía de Pintores, “en vitalidad y creación permanentes, en lucha solitaria y en arrinconado silencio nos dejaron esta duradera herencia de pintura, de devoción intransigente a sus deberes creadores, de luminosa y arrebatadora poesía”.

Entre los pintores más importantes de esta generación encontramos a Ezequiel Plaza Garay, quien como sus congéneres generacionales emplea tonos quebrados que dan tonalidades medias a sus obras, pero creando una unidad valórica. Otro pintor de importancia es el maestro Agustín Abarca, oriundo de Talca, el cual tiene un planteamiento lírico de la naturaleza, la que retrata con enorme solvencia debido a sus excepcionales dotes de dibujante diestro. Sus notas de color, que iluminan planos de sus obras, son características, del mismo modo que su pincelada ágil y amplia, creadora de los planos y de hermosas síntesis abocetadas con sabiduría. Su vida ordenada distó de la tendencia a la vida bohemia de sus compañeros de generación. Otro gran pintor es Arturo Gordon Vargas, notable por sus obras que captan costumbres chilenas de raíz popular, vale decir el velorio del angelito, el confesionario, o sus borrachos o la agitación de una huelga laboral. El naturalismo de Gordón se caracteriza por el empleo de violeta, amarillos muy altos, rojos encendidos emplazados con su estilo mediante ágiles manchas alargadas; sus tonos azules o esas luces de blancos intensos, otorgan a las escenas calidades estremecedoras, realmente originales. Pedro Luna pintor angelino que tiene una etapa de su obra realizada en Linares, en los años treinta, es importante en cuanto a su concepción moderna de pintura, la que trabaja empleando empastes gruesos, llenos de vitalidad y energía, entregando coloridos intensos que vibran con generosidad. Otro pintor interesante es Abelardo Bustamante, artista que incursiona en la escultura y en las artes decorativas, forja,

repujado en cuero, encuadernación, grabado y muralismo. En su primera etapa se advierten tonos velazqueños, que con el tiempo va olvidando, sobre todo después de su viaje a Europa en 1929, cuando junto a Gordón y Laureano Guevara toman el encargo de decorar el Pabellón Chileno, en la Exposición Internacional de Sevilla, viaje que le permite recorrer España y Francia, y en especial conocer el impresionismo francés y las vanguardias.

A partir de 1945, la pintura de la Generación del Trece ha sido reconocida en su originalidad y mérito. Lamentablemente este reconocimiento fue tardío para la mayoría de sus integrantes, quienes ya habían fallecido en condiciones de pobreza, incompreensión y olvido, practicando en forma inaudible una pintura que en su tiempo pasó inadvertida para la inmensa mayoría de los chilenos, que no gustaban de esos lienzos o tablas pintadas, ricos en tonos sombríos iluminados por notas muy precisas de color, ejecutados sobre un buen dibujo de trazo firme basado en pinceladas muy sueltas, con frecuencia abocetadas con maestría, pintura que no estaba dentro del popular academicismo naturalista francés de moda. Afortunadamente esta pintura llamada del trece que rescató nuestro paisaje, rostros y costumbrismo en forma independiente de tendencias internacionales, es hoy reconocida como un gran momento en la historia de la plástica chilena.

Dr. Antonio Fernández Vilches
Director de la Pinacoteca Universidad de Concepción